

Una pequeña historia: “La Gila”

Jesús Tejero Esteban
Carlos Reyes Bayón

Finca de la Gila

En el último meandro del río Duratón, antes de desembocar en el Duero, y a modo de frontera natural, se ubica la conocida finca de La Gila. En este lugar se encontraba un molino harinero, llamado de *Requejo*, propiedad de las monjas clarisas, que en las desamortizaciones del siglo XIX fue comprado probablemente por Manuel Gil de Gila, padre de Jacoba Gil, y de ahí quizás que pasase a llamarse, tanto a la heredera como a la finca, *La Gila*.



Entrada de Villa California (Finca La Gila) hacia 1888 (Peñañiel una historia grafica de J. José Moral)

Jacoba Gil y su hijo Julio Lapeyra hicieron de la finca un lugar singular de recreo. Una serie de jardines de esmerado diseño circundaban la finca con estanques, esculturas y un embarcadero para paseos en barca. Se había construido un innovador sistema de bombeo para el riego y el estilo de su edificación, de sus habitaciones, se apuntaba al modernismo del momento. Todo esto hizo de la finca un lugar de ensueño que alimentaba la curiosidad y la imaginación de los lugareños en aquellos últimos años del siglo XIX.

La propiedad contaba, tras su acondicionamiento, con el molino harinero y tres casas de 1369, 1190 y 89 m², respectivamente. Sus edificios e interiores denotaban un alto nivel de vida, de lujo doméstico tal como podemos comprobar en las fotografías que se recogen e ilustran este reportaje.

A la finca se le impuso el nombre de Villa California, y en ella Julio, el hijo de Jacoba, recibía a sus

amigos y celebraba fiestas y reuniones culturales.

Hacia 1896 concluyeron las obras del panteón familiar que Jacoba mandó construir cuatro años antes, cuando murió su hijo Julio, lo que nos hace suponer que fuese enterrado anteriormente en el cementerio municipal y, acabado el mausoleo, se trasladasen sus restos allí, al igual que los de Josefa Pedrero Gutiérrez, la madre de Jacoba, que había fallecido en 1869. Está claro que también dio instrucciones para que a su muerte también se le enterrase en el mismo lugar. Es posible que para ella el panteón fuese una forma de tener a su hijo siempre cerca en el lugar donde se había criado y había vivido sus horas más felices.

Con el tiempo, y sobre todo a partir de la muerte de su heredera, la finca cayó en el abandono y fue rodeándose de un halo de misterio que iba aumentando. La verja de la entrada, con la fila de árboles que limitan el sendero, los jardines donde las plantas crecían salvajes, los estanques secos, nidos de lagartos y salamandras, las esculturas con el verdín del tiempo partidas en pedazos, el molino con el sonido constante del agua en la pesquera, los edificios colindantes deshabitados y, sobre todo, el panteón funerario



Villa California en todo su esplendor, a un lado el molino de Requejo, y el embarcadero para los paseos fluviales, las casonas anejas de la finca, los jardines con estanques y esculturas y el anfitrión con sus amigos en una tarde de verano. (Peñañiel una historia grafica de J. José Moral)

donde reposaban los propietarios hacían de este romántico lugar semisalvaje el escenario perfecto de una de las leyendas de Bécquer, y fue el

fermento de toda clase de fantasías, consejos, di-
mes y diretes, que de alguna manera han sido, así
mismo, la semilla de la historia que aquí se
cuenta.



*Jacoba Gil junto a su hijo Julio Lapeira hacia 1880. Qui-
zas con uno de los proyectos culturales para Peñafiel.
(Peñafiel una historia grafica de J. José Moral*

Todos los muchachos de mi generación alimen-
tábamos nuestras fantasías cuando, saltando la
tapia junto al río, recorríamos los senderos y jar-
dines abandonados para llenar nuestro espíritu
del ansia de misterio y miedo a lo desconocido,
sintiendo un escalofrío cuando pasábamos al
lado del mausoleo, donde sabíamos que reposa-
ban tres muertos.

En la década de los 70 del siglo pasado, la finca
fue objeto de pillaje y el panteón, profanado, sin
duda en busca de objetos de valor. Los restos
óseos fueron finalmente trasladados por manos
piadosas al cementerio municipal.

Desde que murió su heredera, la finca de La Gila
ha pasado por diferentes propietarios, pero su
mención haría demasiado prolija esta nota o cró-
nica documental.

Jacoba Gil Pedrero, La Gila

De unos apuntes inéditos de Juan José Moral
Daza recogemos los datos siguientes:

*Sus padres, ricos hacendados, fueron Manuel Gil
de Gila, natural de Peñafiel, y Josefa Pedrero Gu-
tiérrez, de Potes. Se casaron poco antes de 1830 y
tuvieron cinco hijos: María Cristina (1832), Clau-
dia (1834), Isabela (1836), Jacoba (1836) y Magín
(1837). Todos bautizados en San Miguel de Reoyo.*

*Según cuentan los herederos de Jacoba, un her-
mano de la misma —probablemente Magín— mu-
rió trágicamente de niño representando el ángel
volandero del domingo de Resurrección, que ese
año correspondía celebrar en la plaza de San Mi-
guel de Reoyo.*

*Tanto el padre como los demás hermanos de Ja-
coba mueren pronto. Así se comprueba por el libro
de vecinos de la iglesia [de San Miguel] del año
1847, donde aparecen viviendo en su casa de la
plaza de San Miguel de Reoyo Josefa Pedrero, ya
viuda, y su hija Jacoba Gil, de 11 años.*

*En 1851 aparece, viviendo en la casa con la madre
de 51 años y la hija de 16, D. Andrés Alonso, de 51;
La madre se volvió a casar.*

*En la segunda mitad de la década de 1850, Jacoba
se casa con Julián Lapeyra, de Burgos. Del marido
poco sabemos. Quizás vivía fuera de Peñafiel,
pues no hay registros de su muerte ni su cuerpo
está en el panteón familiar. Debió de morir pronto,
si nos atenemos a que en varios sitios aparece Ja-
coba como viuda de Lapeyra.*

*Esta falta de noticias disparó con los años la ima-
ginación de la gente del pueblo sobre si no se lle-
vaban bien o si él se había marchado, aunque
nada se ha podido comprobar. El acta de defun-
ción de Jacoba señala que su marido era de Burgos
y allí estaba domiciliado; luego, no vivió de conti-
nuo en Peñafiel.*

Por el acta de defunción de Jacoba, sabemos que
de ese matrimonio nacieron dos hijos: Julio, el
hijo que vivió con la madre hasta su muerte, del
que hablaremos después, y María, de la que no
teníamos noticia más que por la citada acta y de
la que después hemos averiguado que murió con
dos años, el 26 de agosto de 1862.

Por los datos que disponemos, sabemos que Ja-
coba fue una mujer adinerada, influyente y pre-
dispuesta a implicarse en la Villa y a colaborar

con la gente. Daba frecuentes dádivas a los pobres y menesterosos del pueblo, así como a asociaciones benéficas. De espíritu altruista, propició diferentes proyectos de ayuda a artistas.

Para su hijo, Julio, acondicionó el viejo molino y la finca de su propiedad, transformándola en Villa California, un lugar para pasar los veranos y punto de encuentro de la modernidad. Apoyó todas las ideas culturales y arquitectónicas de su sucesor para transformar la Villa donde había nacido.

En la revista decenal *El Noticiero* de Valladolid, en el número 8, de 20 de mayo de 1912, extra dedicado a Peñafiel, el alcalde acompaña a los reporteros de la publicación y, entre otros sitios, les lleva a Villa California, lo que demuestra la fuerte atracción que la finca representaba para el pueblo:

“El coche parte veloz recorriendo calles estrechas evocadoras de tiempos fenecidos, para entrar prestamente en la carretera orillada entre otras fincas por la espléndida de D^a Jacoba Gil. Se detiene el vehículo y penetramos. Al pasar, la observación de un mausoleo levantado a la memoria de quien fue artista inspirado y hombre de iniciativas, nos sorprende. La señora dueña de la quinta ha llorado a nuestra presencia recordando al hijo amado, viéndonos como él, joven y acaso también como él, animosos. Recorremos la magnífica posesión, penetramos en el molino, lo escudriñamos todo y nos ausentamos para ir a visitar diferentes fabricas harineras”.

La finca debió impactar al reportero, pues al final de todo el reportaje se despide con otra mención a Jacoba y a su hijo, donde comprobamos que, diez años después de su muerte, la madre sigue llorándolo. Pero también nos da un breve apunte del mismo y de lo que representó en el pueblo:

“Una anciana bondadosa, una viejecita amante de su hijo nos habló llorando, poniendo en nuestra alma un poco de tristeza de estos lloros sin fin, desolados, como un brote nuevo helado por el cierzo. Él era el espíritu moderno de la villa, el innovador, el artista y el sabio que hubiera dirigido a su pueblo hacia el progreso, pero murió... Llorando nos ha despedido la viejecita y un poco tristes hemos salido a la calle”.

El semanario *La Voz de Peñafiel* (1906-1916) también recoge algunos acontecimientos de los últimos años de su vida.

En septiembre de 1909, en las noticias leemos:

“Se halla muy mejorada y en franca convalecencia de la grave enfermedad que ha sufrido nuestra respetable amiga la señora Jacoba Gil Pedrero, Viuda de Lapeyra. Deseamos su pronto restablecimiento”.

En ese mismo septiembre, en la crónica sobre la fiesta de la Virgen de la Fuensanta, la Virgen Chiquitita, se nos dice:

“ (...) la imagen de la Virgen lucía una hermosa corona y riquísimo manto bordado, regalo de la señora doña Jacoba Gil pedrero viuda de Lapeira”.



La flecha nos señala la casa familiar de Jacoba Gil en la plaza de San Miguel de Reoyo. Fue derruida en la década (1960/70)

Poco tiempo después, hacia 1912, decide construir un edificio en la carretera al Valdobar que albergaría el cuartel de la guardia civil. Actualmente es propiedad de Bodegas Zifar, pero sobre su puerta ostenta las iniciales de su primera propietaria, Jacoba Gil Pedrero y el año en que se terminó: J.G.P. 1914.

En agosto de 1914 se inaugura el cuartel y en la crónica del semanario se lee:

“El día 1^o de este mes, se instaló en el nuevo cuartel la fuerza de la guardia civil de esta comandancia. Aún merece ser conocido un edificio tan hermoso, que seguramente será el primero de su clase en España, y que seguramente ha de servir de modelo para los que para este fin se construyan”.

En otro párrafo reclama que se haga una inauguración oficial, aunque indica:

"Desde luego, no necesita D^a Jacoba Gil actos de resonancia y autobombo; la basta (y eso lo sabe muy bien), con el cariño que la profesan todos sus convecinos, que saben es para los necesitados especialmente, una generosa y caritativa madre que sigilosa, oculta y siempre oportuna, hace llegar el auxilio al desvalido".

Al final de la crónica propone:

" (...) que se dé al nuevo barrio el nombre de D^a Jacoba Gil, o el de su inolvidable hijo D. Julio Lapeira que tan buen recuerdo dejó en el poco tiempo que vivió entre nosotros".



Autorretrato de Julio Lapeira. (Peñañiel una historia gráfica de J. José Moral)

Jacoba murió el 15 de julio de 1915, a los 80 años, una edad muy longeva para aquel tiempo. El semanario citado dedica toda la primera página de su número 465 a su esquila mortuoria, en la que figura su primo Canuto Capdevila, que fue el arquitecto del edificio del cuartel.

Dentro de ese mismo número, una crónica de su muerte nos facilita otros datos. En ella se dice que pensaba construir en los terrenos contiguos al cuartel la cárcel y el juzgado del partido; los planos de los mismos ya existían, pero su muerte paralizó esos proyectos.

Del entierro nos habla el cronista:

"Una inmensa muchedumbre llenaba las amplias naves de la iglesia de San Miguel, en el centro se alzaba severo catafalco y los cánticos fueron efectuados por el coro del Centro Católico.

Después de los funerales de cuerpo presente se repartió una generosa y crecida limosna a cada uno de los pobres que asistieron contabilizándose el total de receptores en varios centenares.

Con acompañamiento del Cabildo parroquial y curas de los pueblos inmediatos, todas las cofradías, congregaciones y hermandades religiosas y numeroso público, el cadáver fue trasladado al panteón de familia situado en la finca Villa California donde se colocó en uno de los nichos que para este fin estaban destinados."

También nos habla del embalsamamiento del cadáver:

"Fue practicado con gran pericia por los farmacéuticos de esta población: don Pedro y don Enrique de la Villa, el de Valladolid don Jacinto Sanz Tremiño y los médicos don Juan García, don Marciano Alonso, auxiliados por el practicante don Emilio P. Villar y presenciado por el subdelegado don Pedro Burgueño. Después el cadáver fue colocado en una doble caja de cinc y madera."

Sabemos también que dejó en un legado un dinero para que le dijeran misas todos los cabos de año después de su muerte.

Jacoba Gil, sin descendientes directos, dejó sus propiedades a su pariente y gran amiga Elisa de la Torre.

Julio Lapeyra Gil, hijo de Jacoba

Nació el 9 de diciembre de 1859. Estudió la carrera de Derecho y ejerció en Peñañiel, tal como se desprende por la lista de abogados de un anuario. Julio pronto se convirtió en la única razón de ser y vivir de Jacoba Gil. Así nos lo muestra una entrañable fotografía de madre e hijo en la que se aprecia el cariño y unión entre ambos. Y precisamente para él acondicionó la finca de La Gila, a la que llamó Villa California, como anteriormente dijimos.

Fue un espíritu inquieto, recibió desde pequeño un importante bagaje cultural y contaba con una gran sensibilidad para las artes. Le gustaba la música, el teatro, la pintura y la fotografía. De hecho, es el primer fotógrafo conocido en Peñañiel.

Aunque no fuese profesionalmente, cultivó la fotografía entre 1879 y 1892, y nos ha dejado una importante obra gráfica donde, además de permitir conocerle a él y a su familia, nos muestra diversas tareas y personajes de su tiempo bajo el prisma original y poco común de aquellos primeros fotógrafos.



Dibujo del Duratón y el convento de Santa Clara de Julio Lapeira (los pueblos de la provincia de Valladolid de José Ortega Rubio)

También sabemos que pintaba. De hecho, realizó la decoración del antiguo teatro de Peñafiel, que se encontraba en el pósito de la calle de San Fructuoso, o un fresco en el portal del antiguo despacho de lotería en la calle Derecha al Salvador, que representa el convento de San Francisco, así como un óleo del castillo. Es de suponer que otras pinturas estén en manos de los herederos. En todas se puede apreciar su refinado estilo. Como dibujante, conocemos los cinco dibujos a plumilla de Peñafiel y Curiel que aparecen en el libro de Juan Ortega Rubio *Los pueblos de la provincia de Valladolid*, editado en 1895 y reeditado por el Grupo Pinciano, en el que el autor agradece su colaboración en el prólogo. De este libro, la parte dedicada al partido judicial de Peñafiel, con esos dibujos, se puede ver en el N.º 23 de la colección de los "Cuadernos de Peñafiel", que editó la Torre del Agua.

Realizó varios viajes a París, de donde trajo las novedades artísticas y literarias de esa época. También quiso construir un nuevo teatro para la Villa en un solar de la calle Derecha al Salvador, esquina con calle de las Damas. Tenía grandes proyectos para el pueblo, pero por desgracia no pudo realizarlos. Adecentó la finca donde estaba el molino de Requejo, a la que llamó Villa California. Allí tenía su estudio y en verano llevaba a sus amigos a amenas tertulias, donde se hablaba de todo lo divino y lo humano. Vivió con su madre entre la casa familiar de San Miguel y la finca de

recreo junto al Duratón. Murió como vivió, como un verdadero romántico, digno discípulo de Lord Byron, a los 32 años, el 15 de febrero de 1892, de tuberculosis.

Julio dejó una impronta en sus paisanos que permaneció a lo largo de los años.

En 1906, catorce años después de su muerte, en el número 1 de *La Voz de Peñafiel*, uno de los fundadores del semanario, Pedro de la Villa, nos hace un retrato del mismo de lo más completo:

...*"Quisiera tener ingenio y habilidad bastante para que mi pobre pluma, pudiera hacer merecidamente el elogio de este ilustre y malogrado hijo de Peñafiel.*



Esquela de defunción de Jacoba Gil en *La voz de Peñafiel* (julio-1915)

...*muchos fueron sus amigos y lo fueron cuantos le trataron, recordaran emocionados, su trato amable y cariñoso, su animada conversación, alegre amenísima, instructiva, su verdadero amor a las bellas artes, a la música, a la pintura, a la amena literatura, con cuyo cultivo se deleitaba y hacía por su entusiasmo, que sus impresiones se transmitieran a los que le rodeaban, haciéndoles sentir sus mismos agradables efectos.*

... De alma noble y generosa, de sentimientos magnánimos y elevados, siempre estaba pronto a cooperar a lo que fuera útil a sus paisanos; de espíritu verdaderamente democrático, en su trato llano, agradable y sencillo, lo mismo se ofrecía a pobres que a ricos, captándose con ello el cariñoso afecto de todos.

... Nadie dejará de recordar cuan pronto estaba siempre a llevar eficaz ayuda, o ingeniosas iniciativas a todo cuanto fuera progreso, cultura, amenidad, belleza. Aún quedan en el teatro de esta villa algunas muestras de la habilidad de sus pinceles, demostración de la fe y el entusiasmo con que trabajaba por el sostenimiento de los espectáculos cultos, instructivos para su pueblo.

... Muchos saben los bellos proyectos que había forjado en su imaginación, en pro de la clase obrera y trabajadora y que seguramente hubiera llegado a su realización, a no venir la traidora muerte a cortar en flor tan lozana existencia. satisfacción y el honor de ser sus amigos las amenísimas tardes que se pasaban con él en Villa California

... ¿Quién no recuerda, de los que tuvieron la, satisfacción y el honor de ser sus amigos, las

amenísimas tardes que se pasaban con él en Villa California, el trozo de terreno aquel trozo de terreno, que él, ayudando a la naturaleza de la que era verdadero amante, como todo artista, convirtió en un paraje delicioso que ahora se conserva como lugar sagrado y tal como él lo dejó; en justo honor y holocausto al elevado espíritu de tan preclaro varón?

En octubre de 1907, en el número 63 de *La Voz de Peñafiel*, el historiador José Pazos publica un relato imaginario, titulado "Los Gnomos de las ruinas", sobre el hallazgo de un túnel que llevaba del pueblo al castillo. En este viaje iba acompañado de su amigo de correrías artísticas, al que se refiere como **Plaisanter**, que no es otro que Julio Lapeyra, al que llamaba así por un autorretrato fotográfico del hijo de Jacoba en el que aparece con dicha leyenda en un cartel. Un fervoroso recuerdo del que fue su amigo.

Bibliografía

Actas de defunción de Jacoba Gil y Julio Lapeyra. Peñafiel, una historia gráfica J. José Moral Daza.
Apuntes inéditos. J. José Moral Daza.
Semanario La Voz de Peñafiel (1906-1916).
Diversos anuarios de Peñafiel.